

El anti-Versalles: Alemania, la Unión Soviética, y el Tratado de Rapallo de 1922.

Poljak, Nicolás.

Cita:

Poljak, Nicolás (2017). *El anti-Versalles: Alemania, la Unión Soviética, y el Tratado de Rapallo de 1922*. XVI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad Humanidades. Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-019/86>

El anti-Versalles: Alemania, la Unión Soviética, y el Tratado de Rapallo de 1922

Poljak, Nicolás

Facultad de Filosofía y Letras - Universidad de Buenos Aires

PARA PUBLICAR EN ACTAS

Introducción

El 11 de noviembre de 1918, las armas callaron en el Frente Occidental. Pero aunque la Gran Guerra había oficialmente terminado, la paz era un sueño aún lejano para Europa. Tal como hubiera dicho Karl Marx, un fantasma recorría el continente, y la revolución que había triunfado en la Rusia zarista en 1917 amenazaba con replicarse en varias de las naciones de Europa central y oriental, siendo particularmente notable el estallido producido en la derrotada Alemania. En este sentido, en Versalles no sólo se diagramó el desmantelamiento de la capacidad militar y económica de Alemania, objetivo perseguido más por una Francia revanchista y atemorizada que por una Gran Bretaña algo más dispuesta a inclinarse hacia posiciones más conciliadoras, sino de hecho un nuevo orden pan-europeo, que ya era pensado con el objetivo de crear barreras de contención frente a la nueva amenaza que se alzaba en el Este. Es de este modo que debe entenderse, por sobre todo, el interés de los Aliados por incentivar la creación de nuevos Estados en Europa del Este, cuya protección sería garantizada (al menos por el momento) por las potencias occidentales, y que pudieran servir como potenciales aliados (o en todo caso como unidades de primera línea) tanto contra una Alemania que aún pudiera presentar tendencias díscolas como, sobre todo, contra una Rusia soviética que buscaba aprovechar la situación europea para extender su revolución victoriosa por el resto del continente. Acaso el ejemplo más claro de un nuevo Estado-nación que debía servir de muro de contención en este sentido sea el caso de Polonia, creada en Versalles y apoyada siempre por su principal aliado, Francia. Resumiendo, podríamos considerar que el nuevo orden creado e impuesto en Versalles puede representarse con la imagen de un soldado francés colocando su bota sobre la derrotada (aunque quizás aún amenazante) águila alemana, al tiempo que apunta con su bayoneta al gigantesco oso ruso. Debilitada la Unión Soviética por su propia guerra civil (entre 1918 y 1921) y derrotada por los polacos en la guerra de 1920, y sometida Alemania al pago de reparaciones de guerra que de hecho no estaba en posición de afrontar, al tiempo que

sus Fuerzas Armadas eran completamente desmanteladas y su reconstrucción expresamente prohibida, parecía en París que todo estaba bajo control en el continente. Sin embargo, el 16 de abril de 1922, un suceso sorprendió (y alarmó) a toda Europa. En el marco de la Conferencia de Génova (celebrada en dicha ciudad italiana entre el 10 de abril y el 22 de mayo de 1922), la República de Weimar y la Unión Soviética firmaron un “tratado de amistad y cooperación”, que recibiría el nombre de la localidad italiana donde fue redactado: Rapallo.

El Tratado de Rapallo era oficialmente un acuerdo económico, versando sobre cuestiones referidas a relaciones comerciales, pero también diplomáticas entre ambas naciones. Dada su situación de aislamiento y el estado desastroso de sus respectivas economías, era de algún modo lógico que ambas intentaran hallar socios comerciales al tiempo que, especialmente en el caso soviético, reanudaban relaciones diplomáticas. Pero si el texto oficial del tratado no parecía, a simple vista, despertar sospechas, éstas efectivamente surgieron entre los gobiernos de las potencias vencedoras de la Gran Guerra, que no vieron con buenos ojos este repentino (o, según veremos, no tan repentino) acercamiento entre los dos grandes marginados del nuevo orden, y comenzaron a temer a aquellas cuestiones que, supuestamente, estarían incluidas en el acuerdo entre las dos naciones, aún cuando no figuraban oficialmente en el texto del tratado. Estamos hablando, desde luego, de las cuestiones referidas a la cooperación en términos militares, algo que desde luego alarmó sobremanera a los Aliados. Los rumores sobre la existencia de dicha cooperación (producidos por la circulación de documentos secretos desclasificados por los servicios de inteligencia británicos y norteamericanos) fueron desde luego desmentidos por los gobiernos alemán y soviético, pero posteriores investigaciones demostrarían lo acertado de las preocupaciones que el Tratado de Rapallo generó en los Aliados.

En el presente artículo analizaremos las implicancias políticas y militares del Tratado de Rapallo, oficialmente un acuerdo económico, intentando demostrar la siguiente hipótesis: sostenemos que el objetivo del Tratado de Rapallo no fue tanto reanudar relaciones comerciales (cuya importancia era en efecto real pero de hecho secundaria), sino sobre todo reanudar relaciones políticas, diplomáticas y, especialmente, militares entre dos países excluidos del nuevo orden de Versalles, un orden que había sido construido contra ellos. En este sentido, el acercamiento entre Alemania y la Unión Soviética, casi natural cuando se lo ve desde esta óptica, constituyó una auténtica impugnación del mencionado orden de Versalles, e implicó, eventualmente, la

posibilidad de una alianza militar para destruirlo. Rapallo es, pues, el anti-Versalles, una negación directa del orden político impuesto por los vencedores de la Gran Guerra.

Rompiendo el cerco: el carácter político de las negociaciones germano-soviéticas

Analicemos en primer lugar la cuestión que mencionáramos respecto de las relaciones políticas entre las dos naciones. Al concluir la Gran Guerra, tanto Alemania (en la forma de la recientemente creada República de Weimar) como la joven Unión Soviética¹ eran los dos grandes marginados del nuevo orden construido en Versalles. Ambas naciones se hallaban política y diplomáticamente aisladas, y en una necesidad imperiosa de romper dicho aislamiento. Desde la perspectiva alemana, Francia y su recién creada aliada, Polonia, cercaban un país al cual el Tratado de Versalles había dejado indefenso, y ahora, amenazado en ambos frentes. Por su parte, desde el punto de vista de los soviéticos, se hacía evidente que la tan ansiada revolución internacional no iba a producirse, especialmente después de la derrota del alzamiento espartaquista en Berlín, y que la Unión Soviética se encontraba totalmente sola frente a los Aliados, que habían enviado tropas para enfrentar al bolchevismo en la Guerra Civil y que ahora estaban decididos a hacer todo lo posible para frenar su expansión. En su particular situación, tanto Alemania como la Unión Soviética pueden ser definidas como *outlaws*², forajidos ante los ojos de quienes habían creado, contra ellos, el nuevo orden mundial.

Ya en un artículo publicado en 1963, el historiador británico R. P. Morgan, de la Universidad de Sussex, afirmó que, tanto con respecto al Tratado de Rapallo de 1922 como al acuerdo comercial firmado entre las dos naciones en 1923, puede sostenerse que se trató en primer lugar de acuerdos de carácter político y diplomático, antes que puramente económico³. Esto se debe sobre todo al hecho de que el peso de la demanda soviética no era realmente significativo para la vapuleada economía alemana. Habiendo tomado cuenta del profundo interés de la diplomacia alemana de concretar el acercamiento con Rusia, el autor sostiene que “un examen de la importancia económica de la Unión Soviética para Alemania sugiere que todo ese esfuerzo no se debió sólo a

¹ Por cuestiones de simplicidad, en el presente artículo los adjetivos “ruso” y “soviético” se utilizarán como sinónimos.

² El término inglés *outlaws*, forajidos, sería utilizado por el político laborista británico Harold Laski para referirse a los nacionalsocialistas en 1940. Véase Laski, Harold, *Reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Buenos Aires, Editorial Abril, 1944.

³ Morgan, R. P.: “The Political Significance of German-Soviet Trade Negotiations, 1922-5”, *The Historical Journal*, Vol. 6, Nº 2 (1963), pp. 253-271.

motivos económicos”⁴. Sin negar pues que el elemento económico estuviera presente en las negociaciones, no parece ser lo fundamental, y el autor concluye en consecuencia que “a pesar de que ciertos intereses económicos e industriales en Alemania presionaron a favor de acuerdos económicos con la Unión Soviética por el simple motivo de la ganancia económica, el principal motivo de Alemania fue político”⁵. Y si esto puede decirse del Tratado de Rapallo, respecto del acuerdo comercial de 1923 “es claro, a partir de su correspondencia, que los hacedores de la política alemana (...) valoraron la concreción de dicho acuerdo mucho menos por razones económicas (los beneficios económicos era, por decir poco, dudosos) que porque simbolizaba un acuerdo político general con la Unión Soviética”⁶, y en este sentido, porque era una continuación y reafirmación de la línea que la diplomacia alemana había sostenido en Rapallo, pero que de hecho, como veremos, ya había comenzado antes. Ya en abril de 1921, Ulrich von Brockdorff-Rantzau, quien había sido Ministro de Relaciones Exteriores de la República de Weimar hasta 1919 y luego sirvió como embajador en Moscú, afirmó al presidente socialdemócrata Friedrich Ebert que “la única posibilidad de Alemania de desprenderse de una vengativa Francia yace en la apertura de relaciones económicas y políticas con Rusia”⁷. Se buscaba, en definitiva, fortalecer los lazos políticos entre las dos naciones, oficializando el nuevo acercamiento en tratados cuyo valor económico no era de central importancia.

Y si esto puede decirse de los intereses alemanes, desde el punto de vista soviético la cuestión es similar. Habiendo aceptado que la revolución no se produciría en Alemania, el gobierno bolchevique se hallaba aislado, y profundamente necesitado de lazos comerciales pero también políticos y diplomáticos con otras naciones de Europa. En ese estado de cosas, el propio Lenin reconoció, en un discurso pronunciado el 21 de diciembre de 1920 en el Octavo Congreso de los Soviets, que lo más natural tanto para Rusia como para Alemania era un acercamiento mutuo. Desde la perspectiva rusa, esto se debía, en parte, a la necesidad de potenciar los posibles disenso entre sus potenciales enemigos (en este sentido, no se olvidaba que Alemania era un Estado capitalista, tanto como los de la Entente) hasta que la revolución pudiera materializarse⁸, pero también al

⁴ *Ibíd.*, p. 253 (en inglés en el original; las traducciones son nuestras).

⁵ *Ibíd.*, p. 254.

⁶ *Ibíd.*, p. 256.

⁷ Cameron, David: “To Transform the Revolution into an Evolution: Underlying Assumptions of German Foreign Policy toward Soviet Russia”, *Journal of Contemporary History*, Vol. 40, N° 1 (2005), p. 12.

⁸ Kochan, Lionel: “The Russian Road to Rapallo”, *Soviet Studies*, Vol 2, N° 2 (Oct., 1950), p. 115.

aislamiento al que ambas naciones se hallaban sometidas en el sistema de Versalles. Así, Lenin afirmó respecto de Alemania que

Este país, atado por el Tratado de Versalles, se encuentra en circunstancias que hacen su existencia imposible. Y en una posición así, Alemania se ve impulsada naturalmente a una alianza con Rusia. (...) Esto constituye la base de nuestra posición económica y de toda nuestra política exterior. (...) la victoria de la Entente y la paz de Versalles han hecho la vida imposible para la gran mayoría de la nación alemana. (...) La existencia misma de Alemania es imposible en las condiciones creadas para ella por la Entente. (...) Las condiciones de su existencia fuerzan al pueblo alemán como un todo, sin excluir a los reaccionarios y capitalistas, a buscar relaciones con la Unión Soviética⁹.

Así pues, la alianza entre Alemania y la Unión Soviética parecía ser el paso más natural para la política exterior de ambas naciones, en un momento en que ambas tenían la necesidad imperiosa de proveerse de un aliado para hacer frente a la hostilidad del sistema creado en Versalles.

Realpolitik: la necesidad frente al miedo a la revolución

Habiendo dado cuenta del carácter más político que económico de las negociaciones germano-soviéticas, cristalizadas en el Tratado de Rapallo, cabe hacer mención de un problema que no escapaba a los contemporáneos. Se trataba de la diferencia entre ambos regímenes, siendo Alemania una nación capitalista y la Unión Soviética el primer Estado socialista del mundo. Contrariamente a lo que pudiera parecer, dicha diferencia no representó un impedimento para la creación de un frente común, y esto por una serie de razones.

Si, como afirmáramos, Lenin veía la necesidad de potenciar las rivalidades entre los Estados capitalistas, con la esperanza de que, en caso de guerra “algunos de ellos se encontraran del lado de Rusia”¹⁰, pero sin dejar de incentivar, al mismo tiempo, el estallido de la tan ansiada revolución alemana, hacia 1921 las circunstancias habían demostrado la impracticidad de continuar con esta doble política, pues sólo defendiendo los intereses del pueblo alemán como un todo era posible, y Lenin así lo deseaba,

⁹ Citado en Kochan, Lionel: Op. cit., pp. 115-116.

¹⁰ *Ibíd*, p. 115.

“exponer la naturaleza imperialista de Versalles a las masas alemanas”¹¹, aunque esto implicara defender, al mismo tiempo, los intereses de la burguesía alemana, que tenía sus propias razones para oponerse a la política de los Aliados. Así pues, la lucha común contra Versalles implicó, para los soviéticos, alinearse con los intereses nacionales de Alemania cerrando la puerta a una revolución proletaria que de todos modos, y los líderes soviéticos lo aceptaba, no parecía ya plausible. En su ya clásica obra *La revolución rusa, de Lenin a Stalin, 1917-1929*, el famoso historiador británico Edward Hallett Carr destacó esta cuestión, aseverando que el apego inicial del nuevo régimen soviético a las esperanzas, cada vez más vanas, del estallido de la revolución en Europa, y en particular en Alemania, se explica por las necesidades del contexto de la Guerra Civil, en la que los bolcheviques se vieron enfrentados no sólo a los ejércitos blancos, sino a las fuerzas de la Entente, dispuestas a terminar el trabajo de reorganización de una Europa que había comenzado con la derrota de las Potencias Centrales. Pero al terminar la Guerra Civil con una victoria de los bolcheviques, “el objetivo de la revolución internacional, sin ser abandonado, fue relegado silenciosamente a un futuro más distante. La seguridad y la estabilidad eran las supremas necesidades del momento. En este estado de ánimo, a la vez que se introducía la NEP se dieron pasos para regularizar las relaciones soviéticas con el mundo no soviético.”¹²

Pero si la finalización de la Guerra Civil había, de algún modo, aflojado el lazo alrededor del cuello del gobierno bolchevique, haciendo que el fracaso de la revolución europea fuera, de algún modo, menos trágico, la guerra ruso-polaca de 1920 demostró que dicha revolución era una posibilidad definitivamente perdida. De este modo,

La derrota en Polonia tendría repercusiones duraderas en las relaciones soviéticas con el mundo occidental. La campaña había estado basada en la convicción de que los trabajadores polacos se rebelarían contra sus gobernantes y establecerían, en unión con las fuerzas rusas, un gobierno revolucionario en Varsovia. El fracaso de esta esperanza mostró que los trabajadores polacos, como los de Europa occidental, estaban aún demasiado imbuidos de lealtades nacionales para abrazar la causa de la revolución proletaria internacional.¹³

¹¹ *Ibíd.*, p. 117.

¹² Carr, Edward Hallett: *La revolución rusa: de Lenin a Stalin, 1917-1929*, Madrid, Alianza, 1991, p. 33.

¹³ *Ibíd.*, p. 32.

Así pues, la derrota frente a Polonia había dejado en claro que la tan ansiada revolución no se produciría, al menos en el corto plazo. Y si bien la situación de los bolcheviques ya no era tan desesperada, se hacía necesario aceptar una realidad consumada y salir al ancho mundo, en busca del reconocimiento que permitiera, poco a poco, normalizar la situación política, económica y diplomática de la joven Unión Soviética. Así lo entendió Lenin, quien era ante todo, un político profundamente realista. Y si la firma del Tratado de Brest-Litovsk en 1918 había implicado, podría considerarse, el reconocimiento *de facto* de los bolcheviques como autoridad legítima en Rusia por parte del gobierno del Káiser, ahora era necesario adquirir dicho reconocimiento *de iure*, y Alemania se presentaba, una vez más, como la potencia más indicada con la que negociar. Ya en 1961, el diplomático e historiador norteamericano George F. Kennan, quien desde su labor en el Departamento de Estado había dado forma a la estrategia de la contención para luego convertirse en un profundo crítico de la política exterior de su país, había constatado que, por no haber estado la Rusia soviética vinculada a la conferencia de paz de Versalles, “una Alemania frustrada y amargada tendría sobradas razones para olvidar su aversión ideológica a un gobierno soviético que, como ella, no estaba obligado por el Tratado de Versalles, y para tratar de evadirse, con la colaboración que pudiera concretar con él, de las condiciones creadas por ese tratado”¹⁴.

Así pues, desde la perspectiva alemana, también pueden verse notables signos de esa misma *realpolitik* adoptada por lo soviéticos, que dando central importancia a la situación internacional, permitió tender un puente entre dos sistemas políticos y sociales antagónicos. En la obra mencionada, sin dudas pionera en el tema, Kennan sostuvo que cuando los alemanes “dejaron en libertad a Radek a fines de 1919, esto fue una señal de que Alemania estaba dispuesta a restablecer las relaciones de Berlín con Moscú”¹⁵. De este modo, antes de que pasara un año de la firma del Tratado de Versalles, las primeras cartas, al principio tímidamente, ya estaban siendo jugadas por ambos lados. Y por razones que luego veremos, el principal esfuerzo por superar las diferencias entre las dos partes provino de los militares alemanes, en particular del nuevo comandante del *Reichswehr*¹⁶, el general Hans von Seeckt. Uno de los principales promotores del acercamiento a la Unión Soviética, Seeckt señaló en una carta no fechada que el bolchevismo no debía ser considerado un impedimento a dicha alianza, pues “aunque

¹⁴ Kennan, George F.: Rusia y Occidente bajo Lenin y Stalin, editorial de Ediciones Selectas, Buenos Aires, 1962, p. 153.

¹⁵ *Ibíd.*, p. 152.

¹⁶ Nombre de las Fuerzas Armadas de la República de Weimar.

Alemania no adscriba a la forma de gobierno bolchevique, debe observar a Rusia como dos cosas distintas; es decir: una Rusia política que beneficia a Alemania y una Rusia soviética que debe ser considerada un peligro”¹⁷. Peligro que al parecer, el propio Seeckt no consideraba realmente inminente, más si se tiene en cuenta que luego de 1919 el fracaso de la revolución era evidente, tanto como el triunfo de los bolcheviques en Rusia. De este modo, ninguno de los dos regímenes debía temer demasiado por su propia posición, y se hallaba en forma de negociar con la otra parte.

Habiendo demostrado, creemos, no sólo la necesidad sino también la plausibilidad de una alianza política entre la República de Weimar y la Unión Soviética, nos queda analizar una última cuestión: las implicancias militares de dicho acercamiento, que aunque no se encuentran en el texto del Tratado de Rapallo, fueron efectivamente establecidas extraoficialmente por los líderes de ambas naciones¹⁸, que necesitaban de dicha cooperación militar por una serie de cuestiones que veremos a continuación.

Resurgiendo de las cenizas: Hans von Seeckt y el rearme de Alemania

A comienzos de la década de 1920, Alemania pagaba las consecuencias de su reciente derrota. Además de imponer cuantiosas reparaciones de guerra, el Tratado de Versalles buscó destruir la capacidad militar alemana, forzando una reducción del ejército y la marina a un mínimo de efectivos, eliminando la Fuerza Aérea y prohibiendo la instalación de industrias que fabricasen determinado material bélico (por ejemplo, pistolas-ametralladoras o gases tóxicos) en territorio alemán. Pero desde luego, el Estado Mayor del recién creado *Reichswehr* comenzó inmediatamente a buscar los canales mediante los cuales fuera posible burlar dichas restricciones y comenzar lo antes posible el rearme de Alemania, por entonces completamente a merced de Francia.

Una característica de la República de Weimar desde el mismo momento de su creación fue la marcada escisión entre un nuevo poder civil y un poder militar que por su anterior juramento de lealtad personal al Káiser no reconocía la legitimidad de aquél, llevando a una situación en la que, de hecho, los mandos militares tenían sus propios objetivos, así como la posibilidad de perseguirlos con un alto grado de independencia (e incluso desconocimiento) de los sectores civiles del gobierno. Por aquel entonces, la cabeza del

¹⁷ Smith, Arthur: “The German General Staff and Russia, 1919-1926”, *Soviet Studies*, Vol. 8, N° 2 (Oct. 1956), p. 125.

¹⁸ Véase Mueller, Gordon: “Rapallo Reexamined: A New Look at Germany’s Secret Military Collaboration with Russia in 1922”, *Military Affairs*, Vol. 40, N° 3 (Oct. 1976).

Reichswehr era, como mencionáramos, el general Hans von Seeckt, uno de los principales impulsores del acercamiento alemán a la Unión Soviética. Los motivos de dicho acercamiento, en términos militares, eran varios. Seeckt sostuvo que Alemania, luego de la Gran Guerra, era un *outlaw* a los ojos de Occidente, y que debía mantener relaciones con otros países que se encontraran en el mismo status¹⁹. Esto era evidente especialmente en lo que respectaba a Rusia, pues, al no encontrarse ésta bajo la esfera de influencia de Versalles, “podía manufacturar lo que quisiera, y Alemania estaba en posición de ofrecer al Ejército Rojo lo que más necesitaba: conocimiento técnico y entrenamiento”²⁰. He allí el quid de la cuestión. La cooperación militar entre ambas naciones era necesaria pues cada una podía proveer a la otra de aquello que más necesitaba. Si en el caso de Alemania se trataba de la posibilidad de producir armamento y reconstruir sus Fuerzas Armadas por fuera del control de los Aliados, para el Ejército Rojo lo más necesario era formar a sus oficiales en el conocimiento de las nuevas doctrinas y estrategias militares surgidas de la Gran Guerra.

Los planes del estado Mayor alemán en este sentido pronto fueron puestos en práctica, y la cooperación entre las Fuerzas Armadas de los dos países ya era una realidad incluso antes de la firma del Tratado de Rapallo. Esto sería admitido posteriormente por el entonces canciller de Alemania, Joseph Wirth, en una serie de cartas publicadas en el marco de un debate con el historiador Friedrich von Rabenau durante sus años de exilio, entre 1932 y 1945²¹. Wirth afirmó que ya desde 1920, cuando era Ministro de Finanzas de la República de Weimar, había respaldado los planes de rearme del general Hans von Seeckt, y que al convertirse en canciller en 1921, había comenzado a organizar el establecimiento de fábricas militares alemanas en Rusia. Por aquellos años, Seeckt discutió con los rusos la posibilidad de establecer fábricas de armamento y sobre todo de aviones de combate en suelo soviético, y rápidamente, el Ministerio de Guerra alemán creó el que sería conocido como *Sondergruppe R*, “una agencia que implicó en efecto el re-establecimiento de relaciones militares con los soviéticos”²². Asimismo, “hizo contacto y llevó a cabo negociaciones con el Ejército Rojo y con ciertos oficiales rusos. Estas negociaciones proporcionarían un beneficio directo al Reichswehr en la capacidad de entrenar oficiales y soldados alemanes en Rusia, proveyéndole además los

¹⁹ Smith, Arthur: Op. cit., p. 127.

²⁰ *Ibíd.*

²¹ Mueller, Gordon: Op. cit., p. 110.

²² Smith, Arthur: Op. Cit., p. 127.

materiales de guerra necesarios que no podían ser manufacturados en Alemania”²³. La mencionada cuestión de las fábricas de aviones es fundamental si se tiene en cuenta que el Tratado de Versalles prohibía expresamente a Alemania la formación de una Fuerza Aérea propia, pero que ya desde 1920 los clubes civiles de aviación habían producido en Alemania importantes avances en este sentido, sentando las bases de lo que de hecho era un desarrollo orientado a la futura aplicación militar.

Desde la perspectiva soviética, como afirmáramos, las principales necesidades se encontraban en la formación de un cuerpo de oficiales profesional, que pudiera tomar provecho de los avances desarrollados por el Estado Mayor alemán en términos de táctica y estrategia y por lo tanto, que se hallara capacitado para afrontar una guerra moderna. La guerra con Polonia había demostrado las limitaciones del Ejército Rojo, y como afirmara un agregado militar alemán en Moscú en una carta dirigida a Seeckt en 1927, la gran necesidad de los soviéticos de entrenamiento e instrucción era evidente, pues, “carecían de dichos elementos más que de el equipo y los materiales necesarios para luchar una guerra”²⁴. De alguna manera, los soviéticos tenían con qué luchar, al menos, más que los alemanes, pero a diferencia de éstos, no sabían cómo hacerlo, y los conocimientos tácticos y estratégicos obtenidos por los militares alemanes de su participación en la Gran Guerra se hacían fundamentales para el Ejército Rojo.

En síntesis, los planes respecto de la cooperación militar germano-soviética ya habían comenzado con anterioridad a la firma del Tratado de Rapallo. Y si

A fines de 1920 (...) los contactos clandestinos entre el nuevo ejército alemán (...) y el gobierno ruso no habían comenzado aún (...), como sobrevino la crisis de la guerra ruso-polaca y von Seeckt había asumido la fiscalización de la Reichswehr e iniciado el esfuerzo nacional por superar las restricciones impuestas por el Tratado de Versalles al rearme alemán, quedaba abierto el camino para un nuevo desarrollo de las relaciones germano-soviéticas.²⁵

Por lo tanto, el tratado representa la cristalización de un acercamiento previo que era fundamental, y de hecho imprescindible, para ambas naciones, los *outlaws* de Versalles. Desde luego, el texto del tratado no cubre en ningún momento temas de índole militar, pero esto no resulta sorprendente, siendo que las negociaciones respecto de dichos

²³ *Ibíd*, p. 128.

²⁴ *Ibíd*, p. 130.

²⁵ Kennan, George F.: *Op. cit.*, p. 164.

temas no fueron en ningún momento hechas públicas. No obstante, huellas de dichas negociaciones han salido a la luz. En un artículo publicado en 1976, el historiador norteamericano Gordon H. Mueller analizó la correspondencia de importantes personalidades políticas alemanas y soviéticas del período, demostrando que la referencia a cuestiones militares que debían haber sido acordadas en Rapallo está siempre presente, así como alusiones permanentes a la destrucción de documentos, memorandos y todo tipo de material que pudiera haber resultado comprometedor²⁶. Esto fue llevado a cabo por ambos Estados, aún cuando algunos personajes (como el mencionado canciller Joseph Wirth) hayan roto el silencio posteriormente. Desde luego, estas cuestiones no escaparon completamente a los Aliados, y ciertos elementos de las negociaciones germano-soviéticas se filtraron gracias a los servicios de inteligencia de las potencias de la Entente, circulando incluso en diarios de la época. En una nota del *Times* de Londres publicada en 1922, se afirmó que “el resultado de conversaciones militares secretas conectadas con Rapallo fue la participación masiva de los alemanes en el entrenamiento de las tropas del Ejército Rojo, y en el establecimiento de fábricas de munición y armamento”²⁷ en Rusia. El 6 de mayo del mismo año, el *Times* publicó el texto de lo que sería un acuerdo secreto firmado en Berlín por representantes de los gobiernos alemán y soviético, en virtud del cual el Estado Mayor alemán se comprometía a participar activamente en la organización y entrenamiento del ejército y la marina soviéticos, en su abastecimiento con modernos armamentos y aviones, y en su entrenamiento en técnicas de combate con gases tóxicos. Los soviéticos, por su parte, garantizaban a los alemanes la posibilidad de establecer en territorio fábricas de aviones, gases tóxicos y armas de infantería.

Desde luego, todo carácter militar de las negociaciones germano-soviéticas fue luego desmentido con vehemencia por ambos gobiernos, pero si bien muchos en Occidente efectivamente (e inexplicablemente) respiraron aliviados, muchos otros, particularmente el gobierno de Francia, mantuvieron una coherente actitud de sospecha, más aún si se considera que los reportes interceptados por los servicios de inteligencia británico y norteamericano daban cuenta de otro elemento central de la supuesta alianza germano-soviética. Más allá de su cooperación en el desarrollo y entrenamiento de sus respectivos ejércitos, ambos países parecían estar alistándose para enfrentar juntos, llegado el caso, al nuevo aliado estratégico de Francia en el este de Europa, que ya en

²⁶ Véase Mueller, Gordon: Op. cit.

²⁷ *Ibíd.*, p. 111.

1920 había demostrado su predisposición a cumplir su papel de primera línea de batalla contra el bolchevismo: la recién creada república de Polonia.

Guerra abierta a Versalles: la cuestión polaca

Creado luego de la Gran Guerra a instancias del presidente norteamericano Woodrow Wilson²⁸, el nuevo Estado polaco era percibido como una amenaza tanto por los militares alemanes como por los rusos, quienes eran concientes de la importancia que revestía para la política francesa. Hans von Seeckt era particularmente insistente en ese punto, afirmando que era necesario “afrontar el hecho de que Polonia estaba intentando ocupar toda la tierra posible en la frontera oriental alemana”²⁹; en una de las cartas del general alemán se lee a este respecto que “con el peligro polaco en nuestra frontera oriental, nuestros pensamientos deben dirigirse más hacia el este, a Rusia”³⁰. Ansiando profundamente la división de Polonia, el general consideraba, una vez más, que Rusia era el aliado natural de Alemania.

Desde la perspectiva soviética, la amenaza que constituía Polonia había quedado clara desde la guerra de 1920, hincada por la invasión polaca a Ucrania, aprovechando la debilidad del gobierno bolchevique en el marco de la Guerra Civil. El mariscal Josef Pilsudski, primer presidente de Polonia, lanzó una ofensiva en abril, “ocupando Kiev a comienzos de mayo; y la república soviética se vio de nuevo en una crisis tan grave como la de la guerra civil. Pero esta vez la resistencia fue más rápida y más fuerte, (...) y a comienzos de agosto el ejército rojo entró en territorio polaco”³¹. Pese a este éxito inicial de los soviéticos a la defensiva, la guerra volvería a cambiar de curso. Frente a la disyuntiva de si el Ejército Rojo debía continuar su avance hacia el interior del territorio polaco o detenerse en la frontera, Lenin sostuvo la tesis de que un avance soviético incentivaría a los trabajadores polacos a alzarse contra el gobierno de Pilsudski. Dicha opinión optimista era compartida por el comandante militar que había dirigido el contraataque, Mihail Tujachevsky (quien sería luego una de las principales víctimas de las purgas estalinistas). Trotsky, Radek y, aparentemente, Stalin (quien se encontraba en el frente en el momento en que la decisión final fue tomada) se opusieron a continuar la ofensiva, planteando la necesidad de aprovechar la situación favorable para negociar la

²⁸ Véase Howard, Michael: *La Primera Guerra Mundial*, Crítica, Barcelona, 2003, p. 174.

²⁹ Smith, Arthur: Op. Cit., p. 125.

³⁰ *Ibíd.*

³¹ Carr, Edward Hallett: Op. cit., p. 30.

paz con Pilsudski. En esta disyuntiva, “vencieron la audacia y el entusiasmo. A mediados de agosto el Ejército Rojo estaba desplegado ante Varsovia. Aquí, sin embargo, se reveló rápidamente el mayor error de cálculo en estas medidas. Los trabajadores polacos no iniciaron una revuelta; y Pilsudski llamó con éxito a la resistencia nacional frente al invasor ruso”³². Las fuerzas soviéticas fueron derrotadas a las puertas de Varsovia y forzadas rápidamente a emprender una retirada general, que las empujó aún más hacia el este de donde se hallaba la que “había sido reconocida por los gobiernos aliados, así como por el gobierno soviético, como frontera oriental de Polonia. Allí se firmó un armisticio el 12 de octubre de 1920”³³. La primera aventura militar de la joven república polaca, iniciada apenas unos meses después de su creación por los Aliados, había sido exitosa, y había dado a los soviéticos la prueba irrefutable no sólo de la amenaza que su nuevo vecino constituía, sino también de su propia debilidad y aislamiento, y de la urgencia de reanudar las relaciones diplomáticas con otras potencias en busca de un aliado eventual.

En enero de 1922, Radek, enviado del gobierno soviético, se reunió en Berlín con el general Hans von Seeckt, y propuso a los mandos de la *Reichswehr* una operación conjunta en contra de Polonia. Radek admitiría posteriormente que la propuesta se basó principalmente en la necesidad de aviones alemanes por parte del Ejército Rojo, pero Seeckt rechazó la propuesta afirmando que dicho proyecto no era aún plausible, en parte por la oposición de Walter Rathenau, centrado en aquel momento en una política de acercamiento a Occidente (el propio Rathenau, quien acabaría firmando el Tratado de Rapallo, representó de hecho el último obstáculo que la delegación alemana debería sortear para concretar dicho acuerdo, e irónicamente, sería luego asesinado por grupos de extrema derecha que rechazaron la política de cercamiento a la Unión Soviética). Sin embargo, parece ser que la posibilidad de una acción conjunta contra Polonia ya había sido discutida por el coronel alemán Hasse, el general ruso Lebedev y el propio Trotsky, en una reunión que tuvo lugar en Moscú en diciembre de 1921³⁴, es decir, apenas un año después de la finalización de la guerra entre Polonia y la Unión Soviética.

La necesidad de una acción armada contra Polonia era pues considerada tanto por alemanes como por soviéticos, y esto por la amenaza que el nuevo Estado representaba para ambos, en tanto aliado de Francia y garante del orden de Versalles en Europa

³² *Ibid.*, pp. 31-32.

³³ *Ibid.*, p. 32.

³⁴ Véase Mueller, Gordon: *Op. cit.*, p. 111.

oriental. Si los franceses consideraban a Polonia la primera línea de defensa contra el avance del bolchevismo, los rusos pronto descubrieron que se trataba de la primera trinchera en su propia lucha contra el sistema instaurado por la Entente. Así, Lenin afirmó que la particularidad de la guerra ruso-polaca de 1920 radicó precisamente en su carácter de guerra contra Versalles, pues “si Polonia se hubiera vuelto soviética, (...) la Paz de Versalles habría sido aplastada y todo el sistema internacional impuesto por los vencedores de Alemania habría colapsado”³⁵. Las simpatías que despertó el inicial avance de las fuerzas rusas hacia Varsovia en las filas del Estado Mayor alemán es una muestra de que dicha visión era compartida por los alemanes, deseosos de librarse de la constante amenaza que los franceses habían instalado en su frontera oriental.

De este modo, la desintegración de Polonia, deseada tanto por Seeckt como por Lenin, consistiría en un golpe decisivo al orden de Versalles, y los acuerdos secretos concretados en Rapallo en 1922, temidos por los franceses y confirmados por la inteligencia británica y norteamericana, efectivamente apuntaban a la consolidación de una estrategia conjunta frente al enemigo común. Y si Polonia era efectivamente el enemigo visible, listo para movilizar sus tropas contra cualquiera de sus dos vecinos, era Francia quien se encontraba detrás, deseosa de prolongar la derrota de Alemania y orquestar al mismo tiempo la caída del bolchevismo. El 26 de abril de 1922, el *Auswärtiges Amt*³⁶ recibió un inquietante telegrama de sus agentes en París, señalando que Francia preparaba un avance hacia territorio alemán a fin de ocupar la región del Ruhr (lo cual efectivamente sucedió en 1923), pero que además se contemplaba la posibilidad de un ataque polaco contra la Unión Soviética³⁷. Ya sea que esta información fuera cierta o no, la realidad es que generó gran alarma en Berlín, y la respuesta del canciller Wirth y el general Hans von Seeckt no se hizo esperar. Aceptando la posible ocupación del Ruhr como un hecho consumado (pues no se hallaban en posición de enfrentarse abiertamente a Francia), los alemanes movilizaron sus tropas hacia la frontera... con Polonia, con el objetivo de desincentivar (y el propio Wirth lo admitiría frente al *Reichstag* en 1927) cualquier jugada por parte de los polacos. Aunque la situación no pasó a mayores en ese momento, el temor a cualquier nuevo aumento de la tensión internacional por obra de las acciones de Francia y Polonia

³⁵ Citado en Kochan, Lionel: Op. cit., p. 114.

³⁶ Ministerio de Asuntos Exteriores de Alemania.

³⁷ Véase Mueller, Gordon: Op. cit., p. 112.

apresuró aún más la conclusión de las negociaciones germano-soviéticas con el objetivo de hacer frente de manera conjunta, llegado el caso, a la amenaza polaca.

En vista de estos avatares de la política exterior de ambas naciones, la efectiva división de Polonia efectuada al inicio de la Segunda Guerra Mundial no parece otra cosa que la conclusión lógica de este proceso, motivado por la situación internacional. Tanto Alemania como la Unión Soviética percibían a Polonia como una amenaza, y lo que Hitler y Stalin llevaron a cabo en 1939 fue el acto final de un drama que ya había empezado mucho antes, y cuyo acto inicial se había producido en Versalles.

Conclusión

Con sus cláusulas públicas y aún más con sus cláusulas secretas (que saldrían a la luz tiempo después por boca de sus autores), el Tratado de Rapallo de 1922 constituyó pues la conclusión y oficialización de un acercamiento político, diplomático y militar que la República de Weimar y la Unión Soviética ya habían comenzado desde 1919-1920. Dicho acercamiento, como afirmáramos, era imperioso para ambas naciones, excluidas y amenazadas constantemente por un orden internacional que había sido construido específicamente contra ellas. En este sentido, lo principal no era el establecimiento de relaciones económicas y comerciales (las cuales no dejaban de ser importantes, pero no constituían, como vimos, el elemento central de las negociaciones) sino de lazos políticos que rompieran el aislamiento de los dos *outlaws* de Europa. Y cuando “Lenin abandonó toda esperanza de que los aliados dieran un reconocimiento diplomático al país (...), las dos potencia parias surgidas de la Primera Guerra Mundial se unieron”³⁸.

En términos militares, ambos países tenían, como afirmáramos, mucho que ofrecerse mutuamente, pero una vez más, si su alianza era necesaria y hasta natural, es precisamente porque permitía el desarrollo militar por fuera de las limitaciones impuestas por Versalles. Para Alemania esto era lo fundamental, y en una Europa controlada por Francia, sólo en territorio ruso podía maniobrar con libertad. Los soviéticos, por su parte, debilitados por su propia Guerra Civil y por la guerra contra Polonia (que, como vimos, fue rápidamente asociada tanto por alemanes como por rusos con una impugnación abierta del orden internacional), necesitaban fortalecerse pero a la vez modernizarse, aprendiendo aquellas innovaciones en las cuales los militares

³⁸ Service, Robert: *Historia de Rusia en el siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2000, p. 160.

alemanes eran los principales expertos. Y ambos países se necesitaban mutuamente para lidiar con Polonia, la amenaza que los Aliados habían colocado a sus puertas.

Ya sea por la necesidad de lazos políticos y diplomáticos frente a una Europa hostil, de armamento moderno y conocimientos estratégicos, o inclusive de un aliado en una hipotética guerra futura, el acercamiento entre Alemania y la Unión Soviética cristalizado en Rapallo implicó la primera impugnación abierta del orden internacional creado en Versalles por los vencedores de la Primera Guerra Mundial.

Dicha impugnación del orden mundial sería posteriormente matizada y luego abandonada por el estalinismo (mucho más conservador pero acaso tan realista y pragmático como el bolchevismo-leninismo de 1917) y profundizada al extremo por el nacionalsocialismo. Y luego del choque entre las dos potencias que en la década de 1920 parecían encaminarse a una alianza, el orden de Versalles emergería vencedor y mucho más fortalecido, apoyándose en un sistema mundial basado en instituciones y organismos internacionales mucho más eficientes y poderosos que la caduca Sociedad de las Naciones. Dicho sistema mundial ahora reconocía e incluía a una Unión Soviética que ya había abandonado toda voluntad revolucionaria y que había posibilitado el fortalecimiento de dicho sistema al derrotar definitivamente a la díscola Alemania y sus aliados en los campos de batalla de la guerra más grande que recuerda la Historia.

Bibliografía

- Cameron, David: "To Transform the Revolution into an Evolution: Underlying Assumptions of German Foreign Policy toward Soviet Russia", *Journal of Contemporary History*, Vol. 40, N° 1 (2005), pp. 7-24.

- Carr, Edward Hallett: *La revolución rusa: de Lenin a Stalin, 1917-1929*, Madrid, Alianza, 1991

- Howard, Michael: *La Primera Guerra Mundial*, Crítica, Barcelona, 2003.

- Kennan, George F.: *Rusia y Occidente bajo Lenin y Stalin*, editorial de Ediciones Selectas, Buenos Aires, 1962

- Kochan, Lionel: "The Russian Road to Rapallo", *Soviet Studies*, Vol 2, N° 2 (Oct., 1950), pp. 109-122.

- Laski, Harold, *Reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Buenos Aires, Editorial Abril, 1944.

- Morgan, R. P.: "The Political Significance of German-Soviet Trade Negotiations, 1922-5", *The Historical Journal*, Vol. 6, N° 2 (1963), pp. 253-271.

- Mueller, Gordon: "Rapallo Reexamined: A New Look at Germany's Secret Military Collaboration with Russia in 1922", *Military Affairs*, Vol. 40, N° 3 (Oct. 1976), pp. 109-117.

- Service, Robert: *Historia de Rusia en el siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2000.

- Smith, Arthur: "The German General Staff and Russia, 1919-1926", *Soviet Studies*, Vol. 8, N° 2 (Oct. 1956), pp. 125-133.

-“German-Russian Agreement; April 16, 1922 (Treaty of Rapallo)”. Consultado en The Avalon Project: Documents in Law, History and Diplomacy, Yale Law School. (http://avalon.law.yale.edu/20th_century/rapallo_001.asp), 01-06-2015.

-“Supplementary Agreement to the German-Russian Agreement (Treaty of Rapallo, April 16, 1922); November 5, 1922”. Consultado en The Avalon Project: Documents in Law, History and Diplomacy, Yale Law School. (http://avalon.law.yale.edu/20th_century/rapallo_002.asp), 01-06-2015.